

LITERATURA

TULIA, LA HIJA DE CICERÓN

Por

BARTOLOMÉ SEGURA RAMOS

Universidad de Sevilla



remisa: admiramos a los poetas, especialmente a aquellos que son capaces de expresar las emociones más arraigadas e indomeñables del ser humano. En Catulo aplaudimos, entre otros, los poemas dedicados a su amor clandestino, Lesbia, a la que invita a amarse y a vivir antes «de dormir esa única noche perpetua» que nos aguarda «tan pronto se ponga la breve luz de la vida»; alabamos a los llamados elegíacos (Propertio y Tibulo), que narran sus amores contrariados, y a Ovidio, cuando llora al recordar «la escena de su última noche en Roma», camino del destierro; nos rendimos ante la calidez de Virgilio, tanto por sus gráciles historietas bucólicas como por su sereno asombro ante el dolor humano o su poca fe en el destino del hombre. Pero, ¿qué decir de un orador vanidoso y arrogante, ambicioso y culto, Cicerón, que –como Platón– quiso ser poeta un día y, al igual que el «divino» ateniense, no logró serlo porque ambos se sintieron «más versados en desdichas que en versos»? Del orador romano conocemos, gracias a su extensa obra, sus puntos de vista sobre la política de su tiempo, sobre la historia de Roma, sobre la retórica y el arte oratorio, sobre religión, sobre la filosofía de los griegos... ¿Y del hombre en sí? Como en la anterior entrega¹, también en la presente hemos querido recoger, como si de un poeta de los anteriormente reseñados se tratase, algunos jirones del alma de nuestro orador, y no tanto, en este caso, por el motivo de su canto, sino por la manera, viva, real, fresca e inconfundible, con la que expone uno de los sentimientos más profundos de la naturaleza humana. Catulo, Virgilio y Machado podrían (llegado el caso) sentirse celosos de él, porque el alma (poética) de Cicerón no desmerece de sus propias almas.

Camino del destierro, Cicerón envía esta carta² a su familia. Les dice:

1. Os mando menos cartas de las que podría, porque todos mis momentos son desgraciados, y cuando os escribo o leo vuestras cartas, me deshago en lágrimas y no puedo soportarlo. ¡Ojalá fuera menos ávido de la vida! [...] Si estos males fueran para siempre, yo desearía, vida mía, verte cuanto antes y morir entre tus brazos. 3. ¿Para qué pedirte ahora que vengas, si estás enferma y abatida de cuerpo y alma? [...] Si te tuviera, parecería que no he muerto definitivamente. Pero, ¿qué sería de mi Tuliíta? [...] Hay que atender a su matrimonio y a su reputación³. Y mi Cicerón, ¿qué tal? Ojalá tuviera, al menos, siempre a este en mis rodillas y en mis brazos. No puedo seguir escribiendo: la tristeza me lo impide. 5. Pues bien, mantente firme, Terencia mía, que puedes hacerlo honradamente. Yo he vivido y he triunfado. Mis virtudes, no mis vicios, me han dado el palo [...] Y eso que yo, que te reconforto, no puedo hacerlo conmigo mismo. 6. Sábetete que me perturba más tu desgracia que la mía. Terencia de mi corazón, esposa fidelísima y excelente, y tú, mi hijita queridísima, y Cicerón, la esperanza que nos queda, adiós. Brindis, 30 de abril del 58.

¹ «Cicerón: humano antes que político», *Cuaderno de los Amigos de los Museos de Osuna*, 23, 2021, pp. 186-188.

² F. XIV 4, 1; 3; 5-6.

³ Tulia, casada desde hacía seis años con Gayo Pisón Frugi, aún debía a este la dote.

Ya instalado en Tesalónica, escribe otra carta a su familia el 5/10/58, donde les dice⁴: 1. «Ni tengo que escribir ni estos días nada hago con mayor dificultad. Y a ti y a nuestra Tuliíta no puedo escribiros sin muchísimas lágrimas, pues veo que sois muy desgraciadas, vosotras, que yo quise siempre que fuerais las más dichosas».⁵

Dirraquio (26/11/58). Cicerón se ha acercado ya a Italia, a la espera de que se le levante el destierro. Su pena, no obstante, continúa siendo la misma, pues desde Dirraquio (en la costa dalmática) escribe⁶ a su familia de este tenor:

1. ¡Ay desgraciado de mí! ¿Que tú hayas caído en tan grandes miserias por mi causa y que nuestra Tuliíta, del padre del que recibía tamaños caprichos, de ese redunden en ella tan grandes sinsabores? Pues, ¿qué decir de Cicerón? Tan pronto como comenzó a tener uso de razón⁷, en él redundaron penalidades y desgracias muy amargas [...].

Termina la epístola con este dato: 7. «He llegado a Dirraquio, una ciudad libre, atenta conmigo y muy próxima a Italia». Atenas (16/10/50). Entre esta⁸ y la carta anterior han pasado muchos años. Cicerón regresa de su gobierno en Cilicia. Comienza la epístola así: 1. «Si tú y Tulia, luz nuestra, estás bien, yo y nuestro simpático Cicerón estamos bien. Hemos llegado a Atenas el 14 de octubre, habiendo tenido vientos muy contrarios y habiendo navegado lenta e incómodamente».

Desde el puerto de Gaeta, a punto ya de embarcar para Grecia, en pos de Pompeyo, y cuatro meses después de haberlo hecho este, el ilustre ex cónsul envía otra nota⁹ a su mujer, en la que le manifiesta: 2. «Espero que el barco sea bueno. Te escribo nada más embarcar. Más adelante, escribiré a mis amigos para recomendaros vivamente a ti y a Tulia. Os animo a que seáis valerosas, si no supiera que lo sois más que cualquier hombre».

El 13 de junio del año 58, camino del exilio, Cicerón había escrito a su hermano¹⁰, manifestándole su amargura y recordando a su familia. En el apartado 2, dice de su hija Tulia: «¿Y qué te voy a decir de que al mismo tiempo echo en falta a mi hija, con lo cariñosa que es, lo recatada, lo inteligente? ¿A ella, que tiene mi misma cara, mi manera de hablar, mi modo de ser?».

En múltiples cartas, de los varios cientos que nos dejó el orador, hemos visto a Cicerón referirse de distintas maneras a su hija¹¹. Pues bien, a mediados de febrero del año 45, a la edad de 33 o 34 años, Tulia, de sobrepardo, muere en la finca de Túsculo¹². Conservamos 27 cartas, la mayor parte de ellas

⁴ F. XIV 2, 1-4.

⁵ Se refiere al año 63, el de su consulado, cuando Cicerón se enfrentó (y venció) a la conspiración de Catilina.

⁶ F. XIV 1, 1-2; 5; 7.

⁷ Cicerón, hijo, tiene en este momento siete años (había nacido el 65).

⁸ F. XIV 5.

⁹ F. XIV 7, 2.

¹⁰ Q. I 3, 2.

¹¹ Por ejemplo: año 58: F. XIV 1; año 50: A. VI, 10; F. XIV 5, 1; año 49: A. X 18, 1; año 48: F. XIV 19; año 47: A. XI 9, 3; A. XI 17; F. XIV 11; año 46: A. XII 5 c; año 45: F. VI 18, 5.

¹² Una de las ocho fincas que Cicerón poseía en Italia, sobre todo en el sur.

dirigidas a Tito Pomponio Ático, de entre marzo y junio de ese año, en que Cicerón, la mayoría de las veces desde Ástura, su finca junto al mar, escribe obsesivamente acerca de su hija.

La primera¹³, enviada desde Ástura, lleva como fecha el 7 de marzo, y está dirigida a Ático. En ella Cicerón comunica (1) a su amigo que ha recibido una carta de pésame de Bruto¹⁴ que le ha hecho llorar. Estos días, explica, prefiere la soledad en su casa del mar a la concurrencia de gente en casa de Ático: «Solo te echo en falta a ti. En cuanto a mis trabajos literarios, me entrego a ellos tan fácilmente como en mi casa (de Roma)».

Por otra parte (2), debe asistir obligatoriamente a una cena del colegio de augures, al que Cicerón pertenece desde la muerte de Hortensio el año 51, y como no desea asistir pone como pretexto que está enfermo. Prefiere no acudir a la cena valiéndose de una justificación, aunque sea falsa, a confesar ante los demás su pena. Por último, adelanta ya su obsesión de estos meses: «Quiero comprar un escondite, que me sirva de refugio para mi dolor».

Ástura (8/3/45)¹⁵.

3. *Quieres que me recupere de esta tristeza. En tu casa he leído cuanto se ha escrito para no tener tanta tristeza. Pero la pena vence todo consuelo. He hecho lo que nadie antes de mí: yo mismo he escrito un libro de consuelo (que te enviaré cuando lo copien los escribas), que es el mejor consuelo. Escribo el día entero, no porque me sirva de mucho. Procuero tener buena cara (a veces, me parece un pecado, otras, un pecado si no lo hago). La soledad ayuda algo. Ya no podrás encontrar en mí lo que te gustaba. Evita que tu hija Pilia se aflija: es suficiente que yo esté triste por todos.*

Ástura (9/3/45)¹⁶. «En esta soledad, no tengo con quién hablar. Me meto en el bosque y no salgo hasta la tarde. En esta soledad, solo trato con los textos, pero el llanto me interrumpe el estudio, y aunque lucho contra él, todavía salgo perdiendo».

Ástura (10/3/45)¹⁷.

Vivir en tu casa en Roma, no es satisfactorio, vivir en la mía es imposible, y si viviese en alguna parte más cerca de ti no estaría contigo¹⁸ [...] No hay nada más apropiado para mí que la soledad [...] La escritura y la lectura no me alivian, pero, al menos, me aturden.

Ástura (11/3/45)¹⁹.

Rehúyo los recuerdos que me hacen daño como un mordisco [...] Tengo algunos escritores a los que ahora leo incesantemente, que hablan de eso [...], que quiero

que tú apruebes; me refiero a ese santuario²⁰ sobre el que quiero que recapacites en la medida de tu amistad conmigo [...] Deseo consagrar a mi hija con toda clase de testimonios [...]. No dispongo de nada, después de intentarlo todo, en lo que descansar [...] Ahora lo rechazo todo y no tengo nada más tolerable que la soledad. 4 Que vengas a mi casa, como manifiestas, cuida no sea algo muy difícil. El camino es largo y, cuando te vayas (cosa que tendrás que hacer pronto), te despediré con mucha pena».

Ástura (15/3/45)²¹.

1. *Me exhortas a que disimule que mi pena es muy grande. ¿Qué más puedo hacer que consumir los días en el trabajo literario? Cosa que hago, no para disimular, sino para aliviarme y consolarme 2 Estoy impaciente, sobre todo por el santuario. Y un poco también por Terencia.*

A mediados de este mes de marzo, Servio Sulpicio Rufo, enterado de la muerte de su hija, escribe²² a Cicerón una carta de pésame, en la que le dice: 3 «Cuántas veces debemos pensar que en estos tiempos es lícito morir. Pues, ¿qué podía incentivarla a ella para vivir ahora? ¿Qué esperanza o consue-

lo?» 4 Servio cuenta a su amigo que a él le sirvió de consuelo ver ciudades griegas ilustres otrora, ahora derruidas, observación que le llevó a pensar que nosotros, unos hombrecillos, nos indignamos cuando muere algún hombre, cuya vida es más breve, cuando en un solo lugar como en Grecia yacen las ruinas de tantas ciudades. Y añade: «Créeme, con esta meditación me animé mucho». Y concluye su carta: 6. «No hay pena que no disminuya y ablande el paso del tiempo. Tú no debes esperar a que eso suceda, sino salir a su encuentro con tu sabiduría: si en el otro mundo hay vida sensible, ella no quiere que obres así».

Ástura (17/3/45)²³:

5. *Me invitas a que vaya al foro, de donde incluso cuando las cosas me iban bien huía. ¿Qué es el foro, sin juicios, sin curia, con individuos que no puedo ver ecuanímente? [...] He incorporado a mis trabajos todos los escritos de los filósofos, cosa que no es propia de un ánimo afligido y frágil. No quieras*

invitarme a ese bullicio del foro, apartándome de estos remedios, no vaya a recaer.

Ástura (19/3/45)²⁴. Cicerón exclama (1) que se halla totalmente perdido, cosa que, aunque le ocurre desde hace tiempo, solo lo confiesa ahora, cuando ha perdido el foro, la única distracción que lo sostenía. Así que busca la soledad, esforzándose por que nadie advierta su pena, ni siquiera él, Ático. 3. «De mí puedo decir que, aunque me ocurran cosas conforme a mis deseos, me hallo inconsolable. La compra del jardín de Druso²⁵ [...] supone cierto alivio, si no del dolor, al menos de mi deuda moral».



GRABADO DE TULIA, HIJA DE CICERÓN.

La de Túsculo es la más cercana a Roma, y en ella escribió, entre otras obras, las famosas *Disputas tusculanas*.

¹³ Á. XII 13, 1-2.

¹⁴ Aparte de Ático, ningún otro amigo adquiere tanto relieve en estos días de tristeza que Marco Junio Bruto, a la sazón, gobernador de la Galia Cisalpina.

¹⁵ Á. XII 14.

¹⁶ Á. XII 15.

¹⁷ Á. XII 16.

¹⁸ Trad. de J. Beaujeu, t. VIII, p. 37.

¹⁹ Á. XII 18, 1 y 4.

²⁰ Durante unos meses tras la muerte de la hija, Cicerón, llevado por el dolor, concibió la idea de levantar un santuario en honor de la difunta. Con el tiempo, semejante proyecto fue abandonado.

²¹ Á. XII 20, 1-2.

²² F. IV 5, 3-4 y 6.

²³ Á. XII 21, 5.

²⁴ Á. XII 23, 1 y 3.

²⁵ Como emplazamiento del santuario de su hija.

Ástura (22/3/45)²⁶: 2. «Si pudiera gozar de la amable compañía del gramático Nicias de Cos, sería uno de los primeros en tenerlo a mi lado. Pero mi destino es la soledad y la marginación»²⁷.

Ástura (24/3/45)²⁸:

2. *Me invitas a que vuelva a mis costumbres. De siempre he llorado por la república [...] Ahora no puedo en absoluto llevar esa clase de vida ni me importa lo que los demás piensen sobre este asunto. Mi conciencia vale más que las palabras de todos sobre ese asunto. La consolación que he escrito me ha servido para atenuar mi aire de tristeza, pero la pena no puedo, y si pudiera tampoco quería.*

Nomentano (finca de Ático: mediados de abril del 45)²⁹. Cicerón contesta a la carta de pésame de su amigo Servio Sulpicio Rufo, diciéndole (1) que si él hubiera estado presente, tal como le decía, lo hubiera consolado mucho, prueba de lo cual es que la lectura de su carta le había apaciguado algún tanto. Le hace saber que él, Cicerón, quisiera sobrellevar su desgracia como el amigo le insinúa. «Pero a veces me deprimó y no resisto la pena, porque me falta el consuelo que a otros en semejante infortunio no les faltó». A continuación, le hace saber (2) que tras perder tanto en la política, el único solaz que le quedaba se lo han arrebatado. Pues el mal político es común a todos y el único refugio que él tenía «consistía en depositar en Tulia todas mis cuitas y sinsabores» [...] «De modo que no estoy ni en el foro ni en casa, porque ni la casa puede consolarme de la pena que tengo por la situación política, ni la república por la pena de mi casa».

Nomentano (20/4/45)³⁰. A Aulo Manlio.

Te ruego que no pienses que te escribo más raramente de lo que solía porque me he olvidado de ti, sino que, bien por la gravedad de mi dolor, del que, sin embargo, ya parece que me voy aliviando poco a poco, o bien porque no estoy en Roma, ni puedo saber quién marcha³¹ hacia donde tú vives.

Nomentano (finales de abril del 45)³². Cicerón dirige esta carta a su exyerno Publio Cornelio Dolabela. Dice así: 1. «¡Hubiera preferido que echaras en falta mis cartas por mi propia muerte mejor que por el acontecimiento que tan gravemente me ha golpeado!». Luego, le hace saber que con él, con el yerno, lo hubiera tolerado mejor, y le advierte, que, ya que van a verse pronto, observará que no está tan frágil que haya descuidado que es un hombre, pero que «aquel humor y simpatía mías que tanta gracia te hacía a ti, me los han arrebatado por completo. En cambio, mi firmeza y entereza, si las tuve alguna vez, verás que son las mismas». Y luego añade para terminar: 2. «Perdona la brevedad de mi carta. Nos veremos pronto y aún no estoy suficientemente restablecido para escribir».

Ástura (5/5/45)³³. Cicerón habla ya de asuntos políticos otra vez. Dice a Ático:

Hircio³⁴ me ha escrito que Sexto Pompeyo se escapó de Córdoba y huyó a la España Citerior, y que Gneo

Pompeyo³⁵ huyó no sé adónde; y tampoco me importa [...] Pero ya que quieres librarme de la tristeza, me aliviarías mucho si me proporcionaras un lugar para el santuario. Me vienen muchas cosas a la cabeza para la apoteosis de Tulia, pero necesito imperiosamente un lugar.

Ástura (6/5/45)³⁶. Escribe a Ático:

1. *No dudo de que hayas estado muy ocupado, puesto que no me has mandado ni una letra [...] Ahora sospecho que andarás por tu mansión de las afueras de Roma. Yo, por mi parte, aquí estoy escribiendo el día entero³⁷: no me alivio ciertamente, pero me distraigo.*

Ástura (7/5/45)³⁸. Dice Cicerón a Ático:

1. *En cuanto a que crees que me conviene mostrar ya la firmeza de mi ánimo, [...] si los que consideran que ando con el ánimo roto y debilitado supiesen la amplitud y la naturaleza de los textos que escribo, yo creo que, si fuesen hombres, juzgarían, o bien que, si me hallo tan mejorado que tengo el espíritu libre para escribir sobre temas difíciles, no deberían reprocharme nada, o bien que, si he elegido este medio de distraer mi dolor; medio extraordinariamente noble y muy digno de un hombre culto, procedería incluso que me alabasen.*

Ástura (9/5/45)³⁹.

Me escribes –dice Cicerón a Ático– que temes que con esta tristeza mía disminuya mi autoridad e influencia. Yo no sé qué es lo que me reprocha o exige la gente. ¿Que no tenga pena? ¿Cómo es posible? [...] De tu casa me fui a Astura. Esos señores divertidos no son capaces de leer tanto como yo escribo. Si está bien o mal nada tiene que ver con la cuestión, pero el género de escritura es de tal naturaleza que nadie puede hacerlo con el ánimo abatido [...] Ahora mismo leo o escribo de tal modo que quienes me acompañan soportan peor el ocio que yo el trabajo. 3. Cuando llegue a Roma no criticarán en mí ni la mirada que tengo ni las palabras que hablo. El humor en que sepultaba la tristeza de este tiempo lo perdí para siempre. Pero nadie echará en falta la coherencia y firmeza de mi espíritu ni de mis palabras.

Roma (9/5/45). Lucio Luceyo escribe⁴⁰ a Cicerón:

1. *Te he buscado en repetidas ocasiones para verte. Que no hayas estado en Roma tras tu estancia fuera de ella me ha sorprendido, lo que me sigue pasando ahora. No sé a ciencia cierta qué asunto te aleja así de aquí: si disfrutas con la soledad, escribiendo y haciendo las cosas acostumbradas en ti, aplaudo tu decisión. Nada mejor puedes hacer en estos tiempos miserables y luctuosos, sobre todo con ese espíritu tuyo fatigado. 2. Pero, si como hacías al irte de Roma, te has dado a las lágrimas y a la tristeza, siento que lo sientas y te angusties [...] ¿No vas a ver tú lo obvio, si intuyes lo más oculto gracias a tu perspicacia? ¿No vas a comprender tú que de nada te sirven tus quejas cotidianas? ¿No vas a comprender que agrandas las preocupaciones que tu sabiduría exige que atenúes?*

Ástura (11/5/45). Escribe⁴¹ Cicerón a Ático:

2. *Estoy ansiosamente obsesionado con el santuario, el cual si no veo que se esté construyendo, mi pena recaerá*

²⁶ Á. XI 26, 2.

²⁷ En latín *sed mihi solitudo et recessus prouincia est*, donde el término que traducimos por «destino» es *prouincia*, que significa (como hemos visto otras veces) el «destino oficial de un funcionario público» romano, como por ejemplo el de gobernador de Cilicia, que es lo que fue el propio Cicerón.

²⁸ Á. XII 28, 2.

²⁹ F. IV 6, 1-2.

³⁰ F. VI 2, 2, 1.

³¹ Porque con frecuencia las cartas se confiaban a amigos y conocidos que viajaban hacia el lugar donde vive el destinatario de la epístola.

³² F. IX 11, 1-2.

³³ Á. XII 37 a.

³⁴ Aulo Hircio escribió el octavo y último libro de *La Guerra de las Galias*, de Julio César. Junto a Vibio Pansa fue cónsul en el año 43, cuando ambos cónsules murieron luchando frente a Marco Antonio, alrededor de Módena.

³⁵ Se trata de los dos hijos de Pompeyo el Grande. El primero escapó herido de la batalla de Munda (alrededor del río Genil; año -45); el segundo continuó dando, literalmente, guerra frente a Octavio y Marco Antonio hasta su muerte en el año -36.

³⁶ Á. XII 38, 1.

³⁷ Se trata de su obra de *Los Académicos*, en dos volúmenes.

³⁸ Á. XII 38 a, 1.

³⁹ Á. XII 40, 2-3.

⁴⁰ F. V 14, 1-2.

⁴¹ F. V 14, 2-3.

sobre ti. Me gustaría que todos tus consuelos se centrasen en esta única cuestión. 3. Esto es lo que debes llevar a término de una manera u otra, si quieres quitarme un peso a mí, a quien ya haces reproches más serios de lo que es tu costumbre [...] Pero si quieres quitarme un peso, esta es la mejor manera de hacerlo, o más bien (si quieres saber la verdad) la única.

Ástura (12/5/45). Respuesta de Cicerón a Lucio Luceyo⁴²:

3. «Por un azar ignoto me ha tocado vivir de manera que cuando tenía que estar en la cima, hasta vivir me da vergüenza. ¿Cuál podía ser mi refugio, despojado de las distinciones domésticas o forenses? La actividad literaria, creo, pues, ¿qué otra cosa puedo hacer? 4. No te extrañes de que haya huido de Roma, en la que mi casa no me puede deleitar y siento un enorme odio hacia estos tiempos, hacia la gente, el foro, la curia. Así que consumo todo el tiempo en la literatura: la literatura no me da una medicina para siempre, pero en ella busco un olvido pasajero del dolor.

Ástura (13/5/45)⁴³. A Ático: 3 «He machacado mis sentimientos y quizá los he vencido, si persisto. He terminado los dos libros de los «Académicos»: de otro modo no puedo distraerme de mi desgracia».

Túsculo (14/5/45)⁴⁴. A Ático:

2. En mis circunstancias no tengo un sitio donde más cómodamente pueda estar que en Astura. Pero como los que están conmigo se van a sus casas, porque no aguantan mi tristeza, aunque podría quedarme, me iré de aquí para no sentirme abandonado. Nadie puede creer cuánto escribo, incluso de noche. Pues del sueño no hago ni caso.

Ástura (15/5/45)⁴⁵. A Ático:

1. Me dominaré y me iré al Tusculano, porque, o me privo de aquella villa para siempre (pues la pena será la misma, aunque más oculta), o lo mismo me va a pasar dentro de diez años: el recuerdo no será mayor allí que el que sufro día y noche.

Túsculo (17/5/45)⁴⁶. A Ático:

2. En el Tusculano estaré mejor, porque recibiré cartas tuyas más frecuentemente y te veré alguna vez. Por lo demás, mi vida era más soportable en Astura, y aquí las sensaciones que me torturan se reavivan más, aunque dondequiera que esté dichas sensaciones están conmigo.

Túsculo (26/5/45)⁴⁷. A Ático:

1. Como hoy vas a ver el «jardín»⁴⁸, ya me dirás mañana qué te ha parecido. 2 No puedo escribir a César; te lo juro, y no por vergüenza, aunque debía serlo. ¡Qué vergonzosa es la adulación cuando el propio vivir es vergonzoso para mí!

Arpino (23/7/45)⁴⁹. A Ático: 1 «Recibí una carta de pésame de César con fecha de 30 de abril, desde Sevilla. 3 Aunque me encuentro muy cómodo en Arpino, deseo verte».



EULOGIO JURADO FERNÁNDEZ PERIODISTA Y POETA COMPROMETIDO (1859-1904)

Por

JOSÉ MARÍA BARRERA LÓPEZ

Profesor titular acreditado de Universidad y
catedrático de Enseñanza Secundaria

A mi nieta Blanca Barrera Reyes,
en su tercer aniversario.



Eulogio Jurado Fernández nació en Osuna en 1859 (el mismo año que Ruperto Cabezas Moriel) «de familia pobre, escaso de salud y aspecto físico débil», según apunta Rodolfo Álvarez Santaló, en 1980¹. Su padre, José Jurado Gil, natural de Écija, se casó con Ana Fernández Cordero² y estuvo al frente de un puesto administrativo en el Ayuntamiento de Osuna y él mismo aprendió las primeras letras en la Villa Ducal, forjándose como autodidacta en la escritura periodística y poética. Es probable que estudiara algunos años el bachillerato (el instituto de Osuna se cerró cuando él tenía 17 años, en 1876). Miembro del comité local del Partido Republicano Progresista³ y de la junta directiva de la Sociedad Arqueológica en 1887⁴, con 28 años, participó ampliamente en la política y la cultura de su entorno, residiendo en la calle Nueva, n. 10 de la localidad (en su fallecimiento figura como domicilio la calle Evandro, número 25). Igualmente se vinculó al grupo de Rodríguez Marín —al que consideró siempre su mentor y maestro, cuatro años mayor que él—, Enrique Rodríguez Durán, Francisco Montes Gordillo, Ruperto Cabezas Moriel y Manuel Ledesma Vidal, formando parte de esa generación de la Restauración (los nacidos entre 1846-1860), antecesora de la famosa del 98. La juventud de esta generación *regeneracionista* estuvo marcada por los acontecimientos de la revolución de *La Gloriosa*, dejando en ellos un poso rebelde que motivó la defensa de unos ideales más justos y auténticos para la sociedad en que vivían.

Frente al caciquismo e inmovilismo de la vida andaluza, en un ambiente cerrado y opresivo, estos *liberales de izquierda* —muchos de ellos de origen humilde— pusieron todo su empeño en el equilibrio social y la justicia democrática, ampliando el horizonte de expectativas de la vida en el pueblo. Con el paso del tiempo evolucionaron hacia posturas conservadoras, como después sucedió con algunos integrantes de la generación posterior (*Azorín*, Maeztu, por ejemplo).

EL PERIODISTA

Jurado, desde fechas muy tempranas, sintió la vocación de poeta. Sus primeros poemas se publican en *El Ursaonense. Semanario de Literatura, Ciencias e intereses materiales*, dirigido por Rodríguez Durán (164 números, 16 octubre 1882-29 noviembre 1885), junto a los de Montes Gordillo, médico

⁴² F. V 15, 3-4

⁴³ Á. XII 44, 3

⁴⁴ Á. XIII 26, 2

⁴⁵ Á. XII 46, 1

⁴⁶ Á. XII 45, 2

⁴⁷ Á. XIII 28, 1-2

⁴⁸ Para levantar en él el santuario de *Tulia*.

⁴⁹ Á. XIII 20, 1 y 3

¹ ÁLVAREZ SANTALÓ, Rodolfo: «Eulogio Jurado Fernández», *El Paleto 2ª época*, n. 6, mayo 1980, pp. 8-9, recogido en *La vieja prensa de Osuna y el Paleto 2ª época*, Osuna, Fundación García Blanco, 2000, p. 31.

² En 1904, el padre figura en el acta de defunción de Eulogio Jurado, como viudo. Agradezco a la encargada del Archivo del Registro Civil de Osuna su ayuda en esta investigación.

³ RAMÍREZ OLID, José Manuel: *Osuna durante la Restauración (1875-1931)*, t. I, Osuna, Ayuntamiento de Osuna, 1999, p. 260.

⁴ *Idem*, t. II, *op. cit.*, p. 631.